

ALFONSO REYES

La fuga a Italia

De un libro en preparación.

19 **Q**UE felices días los de Italia! Evocarlos ya en la vejez, a la hora en que se sirve el vino, a la mesa donde se sientan Augusto, la vivaz Otilia y el joven Eckermann, mientras los nietos corretean sin hacer caso de las personas mayores ¿es un placer o es un dolor? Goethe cambia de conversación de repente, con aquel pavor de restarse fuerzas tan característico de sus últimos años y que nos hace pensar en la angustia de Prometeo.

Todo viaje es un alivio moral. Pone tregua a las obligaciones habituales, a las costumbres que se han vuelto tiránicas; desarma el sistema de trabazones entre el individuo y el ambiente, permitiéndole una cierta huelga biológica. Viajar, por eso, es ser feliz. Partir es revivir un poco. Y más cuando el término del viaje es Italia —camino de la tradición, de la cultura. Goethe había heredado de su padre el anhelo del viaje a Italia. Aquella atracción era tan imperiosa que hasta produce inhibiciones, como en el amante de Ovidio. ¿No lo hemos visto, años antes, detenerse en el preciso momento de realizar su sueño? Por todas partes se llega a Roma, y sin embargo, cuando se decide a la grande aventura, todavía se apodera de él la superstición de que no llegará al término si alguien descubre su salida. No de otro modo el guerrero de la balada se encamina hacia Carcassonne acosado por oscuros presentimientos. Por eso Goethe escapa, por eso su viaje es una fuga y tiene todos los encantos de una secreta iniciación. Fausto se acerca, temblando, al trípode sagrado.

¿Cómo pude, en un viejo libro (*El Suicida*, 1917) des-

conocer a tal punto la importancia del viaje a Italia? Aquella escapada significó para Goethe el descubrimiento de la luz, la luz meridional que tiembla como vapor divino en las telas de Claudio Loreno, desde entonces ya comprensibles a sus ojos. La profundidad en la claridad, el secreto de la *Odissea* y el secreto de Grecia, se le revelaron ante el fulgor del mar siciliano. En su constante investigación del orden, ha presentado que el orden es la ley greco-latina, y va a comprobar su presentimiento sobre la materia viva de Italia, con aquella necesidad que sentía tan imperiosamente de ver las ideas encarnadas y operando en la naturaleza, — entre tanto llega a descubrir que el arte tiene sus normas exclusivas. De paso, rectificará una dirección equivocada (¡admirable adolescencia de cuarentón, medida a su talla de gigante!), y al renunciar, por consejo de Italia, a la pintura, depurará para siempre su vocación propia. Hay quien se asombre de estos titubeos de hombre maduro, olvidando precisamente que Goethe es una supervivencia de los hombres universales del Renacimiento, y olvidando singularmente que toda vida lleva en sí el ritmo de la duración a que está llamada: el desliz del pie del gigante —decían los griegos— es carrera para un enano.

Italia —explicará a Schiller en su primer conversación— “vive de los goces del presente, porque la dulzura y fecundidad de su cielo simplifican las necesidades, abreviando su satisfacción”. Si los napolitanos no trabajan todo el día es porque no les hace falta. Pensando en la labor oculta que esta lección de sencillez fué haciendo en la mente del poeta, me figuro que gracias a Italia llegó progresivamente a aquellas concepciones desnudas y esenciales que son, en el orden de lo sensible, un parangón de la “reducción fenomenológica” de Husserl. Un día de abril de 1827, paseaba por la carretera de Erfurt y exclamaba de pronto: “Siempre lo he dicho y ahora lo repito. El mundo no podría subsistir si no fuera tan sencillo. Este miserable suelo soporta con igual vigor las cosechas

desde hace miles de años. Un poco de sol y un poco de lluvia bastan para hacerlo reverdecer a cada primavera, y así será indefinidamente”. Donde quiera que Goethe reduce a sus líneas maestras una maraña de ideas o incorpora, por decirlo así, su explicación en un objeto palpable, parece que se acuerda de Italia. La explicación, el entendimiento de la naturaleza, son para él una función de la hermosura visual. El paralelo que solía hacer entre el aspecto físico de los italianos y los alemanes es ya bastante expresivo de lo que encontró y adquirió en Italia. “La mano de Dios es menos legible en un rostro alemán que en un rostro italiano”, — le decía a Falk.

Italia, aparte de lo que en sí misma haya enseñado a Goethe, representó en su vida aquella interrupción oportuna, como la del cruzado que se iba a Jerusalén con el principal objeto de encontrarse otra vez a sí propio y atajar el proceso de digestión del individuo por el medio. Todo hombre, en cierto momento, debiera someterse a una sacudida semejante. Italia, después de los años de labor administrativa y de solaz mundano en Weimar, fué el viaje de expiación de Goethe. Al volver de Italia es ya otro, siendo todavía el mismo, o si se prefiere, es más él mismo. Se ha librado del sedimento psicológico acumulado por su vida anterior. Al regreso, le esperaba la obra, lo espera el *Tasso*. ¿Trajo alguna mala influencia de Italia? Una sin disputa: la desmedida afición a las grandes escalinatas, con las que echó a perder su casa de Weimar, reduciendo las habitaciones mucho más de lo conveniente. (1)

ALFONSO REYES

(1) Referencias: Eckermann, 3|V|1827; 10|II|1827 y 21|III|1830. Schiller a Korner, 7|IX|1788. Falk, 17|VII|1792; 20|IV|1825 y 10|IV|1829.